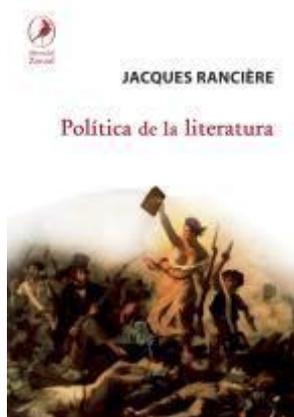


## Política de la literatura. Jacques Rancière

### Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2011, 304 págs.



José Di Marco

Universidad Nacional de Río Cuarto.

En disonancia con las posturas neo-contractualistas y en contraposición con las teorías del consenso, Jacques Rancière piensa la política en términos de litigio. Su clave no es el acuerdo racional entre partes simétricas ni, tampoco, la representación equivalente de las mismas por un sistema republicano en el marco de un orden estatal que distribuye los poderes y amortigua las diferencias de clase. Para este filósofo fogueado inicialmente en la escuela althusseriana, la lógica del desacuerdo constituye la base de la política. El desacuerdo designa una situación de habla en la que los interlocutores no llegan a ponerse de acuerdo sobre aquello de lo que discuten. No se trata de un simple malentendido sino, más bien, de una opacidad respecto del tema sobre el que versa la discusión. Aún empleando idénticos términos, los interlocutores hablan de cosas diferentes sin posibilidades de arribar a un acuerdo que compense las discrepancias y promueva un entendimiento mutuo. Como la política es una disputa acerca de lo común (de lo que sustenta una comunidad), la lógica divergente del desacuerdo no sólo exige repensar, precisamente, la naturaleza de lo público (en tanto lo compartido por un conjunto de sujetos) sino, además, las cualidades y las competencias de quienes están en condiciones de deliberar acerca de lo que pertenece al ámbito de la polis. Debido que sólo algunos miembros de la ciudad tienen la palabra adecuada para hacerlo, la política, regida por el desacuerdo, aparece cuando los que poseen voz (y, por la tanto, carecen de palabra) disputan un espacio con la intención de hacerse oír. Los cuerpos se desplazan y, entonces, cobran visibilidad otros objetos, otras acciones y otros lenguajes. En ese desplazamiento —que va de la voz quejosa y dolorida a la palabra deliberante y reflexiva— la política juega su juego de pugna, disenso y conflictividad trazando un espacio donde la ligazón entre las palabras y las cosas, la significación y la sensibilidad se disloca y re-articula.

Dentro del contexto global hegemonizado por la filosofía del lenguaje, Rancière piensa la política desde una teoría del habla que, sin embargo, solicita y espera del pensamiento operaciones

conceptuales ajenas a las variantes del denominado giro lingüístico. A expensas de la asepsia analítica que se orienta a la depuración terminológica o se concentra en los usos ordinarios del lenguaje con el propósito de eliminar errores y esclarecer ambigüedades, de la tentativa hermenéutica que concibe al malentendido como un episodio transitorio en el reinado cuasi trascendental del entendimiento, de las aspiraciones al consenso de una ética de la comunicación que postula condiciones universales para el funcionamiento de los intercambios argumentativos, el desacuerdo fuerza a la filosofía a interrogarse por sus modos de pensar y decir: “Lo que hace de la política un objeto escandaloso es que se trata de la actividad que tiene como racionalidad propia la racionalidad del desacuerdo. El desacuerdo de la política por la filosofía tiene por principio, entonces, la reducción misma de la racionalidad del desacuerdo. [...] La filosofía no se convierte en ‘política’ porque la política es algo importante que necesita su intervención. Lo hace porque zanjar la situación de racionalidad de la política es una condición para definir lo propio de la filosofía.”<sup>1</sup>

No hay, no habría –sostiene Rancière– una filosofía política, es decir un campo disciplinario con un objeto y un catálogo de reglas determinados, sino encuentros forzosos e intempestivos que conducen a una encrucijada en la que se imponen la confusión, la paradoja y la aporía ya que lo político supone, siempre, la disputa por el repertorio de lo sensible, por lo común de una comunidad y por la igualdad de quienes la integran. El desacuerdo – que implica la imposibilidad del diálogo, el impedimento de la fusión de horizontes y la falta de transparencia comunicativa– configura una suerte de “archiescena” que regula las acciones y los enunciados políticos concretos.

Esa escena ausente pero determinante ha sido prefigurada por la literatura. A establecer las condiciones históricas de formación de la misma y los factores teóricos que la organizan, Rancière dedica *Política de la literatura*. El libro reúne una decena de artículos que escribió para diferentes publicaciones y eventos académicos entre 1979 y 2006. No obstante el carácter misceláneo de este volumen, el ensayo que lo abre (y al cual la compilación entera debe su nombre) establece la postura del autor acerca del tema y conforma el instrumento crítico que le permite recorrer los restantes trabajos otorgándole consistencia al conjunto. Asuntos tan disímiles como los usos que Alain Badiou efectúa de la poesía de Mallarmé en distintos tramos de su obra filosófica con el propósito de pensar la dimensión política del acontecimiento, o la antipatía de Borges (su consabida “francofobia”) respecto de la moderna literatura francesa a la que el autor de “El Aleph” equipara con la experimentación abstrusa y poco menos que vacua, reciben

---

<sup>1</sup> Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, 2007, Nueva Visión, Buenos Aires, p 11.

tratamiento por Rancière desde la idea matriz de que hay “un lazo esencial entre la política como forma de la práctica colectiva y la literatura como práctica definida del arte de escribir”<sup>2</sup>.

Así como se ha remarcado el desacuerdo político, se recalca el malentendido literario en tanto efecto distintivo de los modos en que la literatura hace política<sup>3</sup>. Rancière ya lo había argumentado exhaustivamente en *La palabra muda* al remarcar que el término literatura en su acepción funciona como el nombre de un desdoblamiento permanente: “puede ser palabra huérfana de todo cuerpo capaz de conducirla o atestiguarla; puede ser, por el contrario, jeroglífico que lleva la idea de escritura en su propio cuerpo. Y la contradicción de la literatura bien podría ser la tensión entre estas dos escrituras”<sup>4</sup>. Dicha tensión entre dos modalidades incompatibles y simultáneas del arte de escribir – que son características del paradigma moderno post-romántico- inspira asimismo diferentes políticas de la literatura.

En aquel ensayo extenso, Rancière señalaba que el pasaje del paradigma clásico (representativo y ficcional) al moderno (estético y poético) conlleva no sólo un cambio respecto de las ideas acerca del arte y la poesía (se pasa de la mimesis de raíz aristotélica a la no figuración basada en un lenguaje autotético). Comporta, asimismo, un lazo nuevo entre las palabras y las cosas, entre la significación y la visibilidad, entre lo sensible y lo inteligible. De este desplazamiento en particular, complementario de aquél, se ocupa centralmente *Política de la literatura*: “La expresión ‘política de la literatura’ implica, entonces, que la literatura interviene en tanto que literatura en ese recorte de los espacios y de los tiempos, de lo visible y lo invisible, de la palabra y el ruido. Interviene en la relación entre prácticas, entre formas de visibilidad y modos de decir que recortan uno o varios mundos comunes”<sup>5</sup>. Es una propiedad curiosamente impropia (ya que no se circunscribe a rasgos lingüísticos exclusivos) lo que impulsa a la literatura a operar en la conformación de lo común plasmando figuras de comunidad alternativas, cuerpos colectivos variados a partir de una palabra que enmudece y se solidifica.

Según Rancière, la obra de Flaubert encarna (como ninguna otra) esta política de la literatura que los críticos contemporáneos al autor de *Madame Bovary* caracterizaron, acertadamente, como una petrificación del lenguaje leyéndola en tanto que una ruptura del paradigma clásico y un síntoma de corte democrático. Donde Sartre identificaba, un siglo más tarde, el asalto aristocrático de la escritura intransitiva al lenguaje instrumental de la prosa aquéllos, por el contrario, vieron la emergencia insurgente de un igualitarismo radical. Por otra parte, el estilo absoluto flaubertiano

---

<sup>2</sup> Rancière, Jacques, *Política de la literatura*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2011, p 15.

<sup>3</sup> Cf. Rancière, Jacques, op.cit, 2011, p 55-74.

<sup>4</sup> Rancière, Jacques, *La palabra muda*, Eterna cadencia, Buenos Aires, 2009, p 10.

<sup>5</sup> Rancière, Jacques, op.cit, 2011, p 17.

instaura y despliega un dispositivo de lectura que admite contenidos ideológicos desemejantes. Es esa lengua petrificada, vacía de significaciones, indiferente al tema y a las expresiones, la que pone en marcha una estrategia de desciframiento y valoración que habrá de considerarla, ora conservadora ora revolucionaria. La literatura (con sus contradicciones, desdoblamientos y ambivalencias) habilita las lecturas sintomáticas de las que luego se valdrán el marxismo y el psicoanálisis para desmitificarla, escudriñando la ideología que pretende enmascarar en la superficie pulida y callada de sus formas herméticas.

Al paradigma clásico que toma como modelo la palabra hablada y la voluntad de significar, Flaubert le opone la indiferencia del estilo que propugna la errancia de una escritura sin dueño ni audiencias preestablecidas. Pero sería un error asimilar el concepto moderno de literatura a una forma de expresión propia y exclusiva de la democracia. Se trata, en todo caso de una de las políticas que la literatura efectúa a riesgo de desvanecerse en la prosa del mundo, en el conglomerado rumoroso de las hablas corrientes y vulgares. La petrificación literaria (la mudez de la palabra que va a la par de la letra vociferante) concibe, además, una segunda política: “La literatura pone en obra otro régimen de significación. El significado ya no es un nexo entre una voluntad y otra: es un nexo entre un signo y otro, un nexo inscripto en las cosas mudas y en el cuerpo mismo del lenguaje. La literatura es el despliegue y el desciframiento de esos signos que están escritos incluso en las cosas. El escritor es el arqueólogo o el geólogo que hace hablar a los testigos mudos de la historia común. Tal es el principio que pone en obra la novela llamada realista”<sup>6</sup>.

La cita no sólo da cuenta de un nuevo poder de la literatura, de un nuevo régimen de adecuación entre las palabras y las cosas; también muestra una lectura del realismo que resulta heterodoxa. En *El reparto de lo sensible*, Ranciére ubicaba al realismo dentro del régimen de visibilidad estético moderno y disenta con los enfoques que lo equiparan a una poética de la anti-representación<sup>7</sup>. Balzac, la figura ejemplar del realismo para Lukács, no se limita a reproducir la realidad de los hechos inventando tipos socialmente representativos, más bien lee el prosaísmo del mundo cotidiano como un tejido de signos que lleva escrita la historia de una era, de una civilización o de una sociedad. Practica una hermenéutica que, partiendo de la superficie abigarrada de objetos que son signos históricos, llega hasta los mundos subterráneos, los sótanos donde sedimenta, como un detrito, la verdad oculta del cuerpo social.

Flaubert endurece el lenguaje y le sustrae significaciones y referencias rompiendo la jerarquía de

---

<sup>6</sup> Idem, p 32.

<sup>7</sup> Cfr. Jacques Ranciére *El reparto de lo sensible*, Buenos Aires, 2009, Santiago, (Chile), LOM, pp. 26-30.

objetos y sujetos característica del decoro perteneciente al clasicismo. Balzac se sumerge en los trasfondos de la sociedad leyéndola al modo de una trama de ruinas, de fósiles, de cosas signadas. Zola (y he aquí una política más de la literatura detentada, ahora, por el naturalismo) captura intensidades, atrapa individuaciones, sigue el ritmo febril de lo social en tanto que un cuerpo enfermo. Tanto a la mudez charlatana de la letra como a la palabra escrita sobre los cuerpos y las cosas se opone una tercera suerte de equivalencia de la palabra y la mudez: “La palabra muda se vuelve la pura intensidad de las cosas sin razón, que a la vez se opone a la dispersión democrática de la letra errante y a la charla hermenéutica del desciframiento universal de signos. Esta tercera forma muda define por sí sola una tercera forma de democracia”<sup>8</sup>.

La literatura es un término que designa un arte de la escritura constituido por contradicciones (la vida de la literatura son esas contradicciones). Lengua petrificada (palabra enmudecida) expresa también las fuerzas impersonales que determinan la vida colectiva. Se absolutiza como estilo autosuficiente, conjuga las hablas que circulan en una formación social e impulsa los discursos teóricos y las variantes críticas que la indagan. Interviene en el reparto de lo sensible, es decir: actúa sobre el mundo haciendo política con sus propias armas. Y, como ella misma, su política singular trama una multiplicidad de políticas igualmente contradictorias. El igualitarismo radical que ella profiere traza y modula perfiles de colectivos dispares.

Al mismo tiempo que el examen y la alabanza de sus potencias y poderes constituyentes, *Política de la literatura* reflexiona acerca de los límites del arte de escribir, señalando una amenaza intrínseca de disgregación que remite (casi con obviedad) al desenlace de un ensayo célebre de Borges: “Ignoro si la música sabe desesperar de la música y si el mármol del mármol, pero la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido, y encarnizarse con la propia virtud y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin.”<sup>9</sup> Para nada afecto a las entonaciones apocalípticas que coparon el discurso filosófico y la teoría del arte de fines del siglo XX, Rancière destaca el carácter heterotópico de la literatura cuyo régimen de significación (el de la pureza de una lengua muda) consiste en un modo de intervención en el reparto de lo sensible que aúna tanto una interpretación como una transformación del mundo de los objetos, de los sujetos y de sus lazos.

Sin embargo, no hay que perder de vista lo siguiente: “Las artes no prestan nunca a las empresas de la dominación o de la emancipación más que lo que ellas pueden prestarles, es decir, simplemente lo que tienen en común con ellas: posiciones y movimientos de cuerpos, funciones

---

<sup>8</sup> Rancière, Jacques, op.cit, 2011, p 47.

<sup>9</sup> Borges, Jorge Luis, “La supersticiosa ética del lector” en *Discusión*, Emecé, Buenos Aires, 1964, p 74.

de la palabra, reparticiones de lo visible y de lo invisible. Y la autonomía de la que ellas pueden gozar o la subversión que ellas pueden atribuirse, descansan sobre la misma base.”<sup>10</sup>

Recibido - 6 de noviembre de 2012  
Aceptado - 27 de febrero de 2013

ISSN: 2314-2987

---

<sup>10</sup> Ranciere, Jacques, op.cit, 2009, p 19.